

IGNACIO
MARTÍNEZ DE PISÓN
EL FIN DE LOS
BUENOS TIEMPOS



NOVELA

booker

Ignacio Martínez de Pisón

El fin de los buenos tiempos



Seix Barral

Aún no han pasado tres meses desde el día en que la doctora Rubio nos dijo que Marta estaba totalmente curada. Recuerdo que nos miró a través de sus gafas de montura de carey y nosotros contuvimos el aliento, temiendo que fuera a anunciarnos la posibilidad de una recaída. Pero se quitó las gafas, las sostuvo un instante ante la cara como en un movimiento congelado por una cámara fotográfica y sonrió con una sonrisa que lo decía todo: «Está totalmente curada.» Giovanna me cogió una mano y exhaló un largo suspiro. Yo observé cómo la trayectoria en varios tiempos de las gafas concluía junto a la lamparita y dejé después que todo el peso de mi cuerpo cayera blandamente sobre el respaldo de la silla. «Suspiren, suspiren», decía la doctora, sonriendo aún, «pueden considerarse afortunados.»

Nos explicó los resultados de los últimos análisis e ironizó con delicadeza acerca de la recuperación de nuestra hija: «Ahora nada le impedirá co-

meter las travesuras propias de su edad; no me vengan ustedes luego con que hubiera preferido que siguiera enferma unos cuantos meses más.» Giovanna y yo reímos alborozados, a pesar de que ya le habíamos oído tiempo atrás un chiste similar: la risa, igual que los suspiros o la obstinación con que seguíamos cogidos de la mano, era sólo una de las manifestaciones posibles de nuestra felicidad. Mientras nos acompañaba a la puerta, yo le agradecía el celo y la eficacia que había demostrado y le preguntaba si la niña podría viajar en las próximas semanas. «Por supuesto, Marta está tan sana como usted o como yo», contestó, y Giovanna me apretó con tanta fuerza la mano que la huella de sus dedos quedó impresa en mi piel. Poco después, apenas la puerta se hubo cerrado a nuestras espaldas y nos encontramos a solas en aquel pasillo silencioso, ni ella ni yo pudimos evitar que esa alegría hasta entonces contenida explotara: nos abrazamos el uno al otro y las lágrimas asomaron a nuestros ojos. «Por fin», me susurró ella al oído. «Por fin», repetí, haciendo con la cabeza un gesto de asentimiento que me pareció necesario y gratificante.

En un núcleo familiar tan reducido como el nuestro (nunca nos planteamos tener más de un hijo), toda circunstancia que afecte a uno de los miembros afecta también, y en igual medida, a los otros dos. Tanto más si la circunstancia es una grave enfermedad y la afectada nuestra pequeña hija, cuyo nacimiento, hace ocho años, proporcionó a nuestro matrimonio una cohesión y una estabilidad que poco antes habríamos creído imposible, y en cuyo bienestar cifrábamos los únicos objeti-

vos seguros de nuestras vidas. Por Marta abandonamos el inmenso piso napolitano en el que Giovanna y yo habíamos convivido antes de casarnos y nos mudamos a un modesto chalet de las afueras; por Marta, por alcanzar una desahogada situación económica que nos permitiera darle una niñez sin restricciones, opté a la plaza de funcionario que ahora desempeño en esta aburrida ciudad castellana; por Marta, por su sonrisa, acabé aceptando en mi propia casa la compañía de Gandul, el cariñoso cachorro abandonado que Giovanna recogió una noche lluviosa con la intención de buscarle un dueño a la mañana siguiente; por Marta, por su salud, puse una y otra vez la realización de antiguos proyectos a los que el tiempo se empeñaba en hacerme renunciar. El viaje a Lisboa, por ejemplo: antes incluso de casarnos le había prometido a Giovanna llevarla a conocer Lisboa, la ciudad en la que pasé algunos de los mejores días de mi juventud, pero tuvieron que transcurrir todos esos años hasta que pude considerar seriamente la posibilidad de cumplir aquella vieja promesa. El día del feliz anuncio de la doctora Rubio era el último de julio, y a mí aún me quedaban tres semanas de vacaciones de las que podía disponer a mi antojo. Se lo comenté a mi mujer mientras entrábamos a recoger el coche en el aparcamiento del hospital, y los diez minutos que tardamos en llegar a casa fueron suficientes para que tomáramos una determinación: el día cuatro, el lunes de la semana siguiente, partiríamos para Lisboa.

Abrimos la puerta del piso. Sólo se oía el rumor lejano de la nevera. Ni Marta ni Gandul salie-

ron a recibirnos. Los neones de la cocina, que so-
líamos dejar encendidos toda la tarde, estaban
apagados, igual que la televisión y la radio. Cual-
quiera de estos detalles habría podido alarmarnos
si no conociéramos las reglas del juego. Giovanna
me miró con una media sonrisa y avanzó por el
pasillo procurando hacer el mayor ruido posible.
«¿Dónde estás, bonita?» La buscó en su dormito-
rio y en el nuestro, en la cocina y el cuarto de baño,
en la despensa y la galería. Tenía que buscarla en
todos los rincones de la casa excepto en el lugar
adecuado, y llamarla después desde el pasillo con
su suave acento napolitano. Del salón nos llegó un
breve ladrido amortiguado, y el rito exigía que nos
acercáramos a la mesa camilla simulando no ha-
berlo oído, que yo dijera con pesadumbre que nues-
tra hijita nos había abandonado, se había escapado
con su perro para convertirse en una vagabunda,
y sobre todo que Giovanna empezara a lamen-
tarse en italiano. Era la lengua en la que hablaba
cuando estaba triste o enfadada, y emplearla en
esos momentos daba a la escena un aire de grotes-
co realismo que hacía difícil contener la risa. «*Ma-
donna! Perchè? Cosa abbiamo fatto? Dove se n'è
andata la nostra carissima bambina?*», declamó en
el mejor estilo de Anna Magnani. Yo me senté,
exhalé un largo y desolado suspiro y a través de los
faldones de la mesa camilla pegué una suave pata-
da a lo que debía de ser el lomo de Gandul, que
se agitó con nerviosismo. «*Ma come puoi sederti?
Dobbiamo fare qualcosa!*», me increpó Giovanna
cerrando los puños en un gesto cuya intensidad
dramática resultaba deliciosamente superflua, ya

que Marta no podía ver aquella interpretación desde su escondrijo. «¡Voy a llamar a la policía!», exclamé con decisión, al tiempo que con el pie tocaba una rodilla o un codo de Marta. Las risas sofocadas y los sordos movimientos de debajo de la mesa se hicieron demasiado ostensibles cuando Giovanna se abalanzó hacia el teléfono y empezó a marcar un número al azar. Me quité un zapato sin ayudarme con las manos, y busqué a ciegas la tripa de Marta para hacerle cosquillas con los dedos del pie. «¡Qué desgracia!», me lamentaba, «precisamente ahora que habíamos decidido lo del viaje. No podrá venir a Lisboa...» «¿Policía?», preguntaba la desesperada madre al teléfono en el momento en que noté en mis rodillas el revuelo de la tela y estalló por fin la impaciencia de unas risas y unos ladridos tan difícilmente contenidos.

Fue aquél un instante de felicidad que yo hubiera deseado no tener que enturbiar. La niña corrió a abrazar a su madre, y vino luego junto a mí y me besó, mientras el perro saltaba de uno a otro y sacudía el rabo con alegría. Marta lo agarró con ambos brazos por el cuello y cantó, sin dejar ni un segundo de reír: «¡Nos vamos, Gandul, a Lisboa! ¡Nos vamos a Lisboa!» Lancé una mirada a Giovanna, que mantenía aún una mano sobre el teléfono y no parecía haberse percatado de nada. Marta y Gandul bailoteaban ahora junto a ella, al caótico e improvisado ritmo del «¡Nos vamos a Lisboa!», y siguieron haciéndolo durante unos segundos más, hasta que yo me incorporé en mi silla y tuve que decir: «No, Marta. El perro tendrá que quedarse.» Mi hija me contempló desconcertada,

como si mis palabras fueran absurdas o incomprensibles. También en la mirada de Giovanna había una leve huella de perplejidad. Fue sin duda esa falta de solidaridad lo que me irritó y me obligó a afirmar con cierta aspereza: «En ningún hotel nos admitirían.» Hubo entonces un silencio extraño en el que también el perro participó, con una repentina inmovilidad que habría podido parecer deliberada. Giovanna arqueó las cejas como asintiendo, y Marta alzó hacia ella unos ojos vidriosos y dijo con voz suplicante, quebradiza: «Yo no puedo ir sin él.» Ladeé la cabeza y traté de quitar tensión al momento comentando que íbamos a estar fuera apenas una semana, pero antes de que hubiera concluido la frase habían empezado ya a resbalar despacio varias lágrimas por sus mejillas.

Siguió llorosa durante el resto de la tarde. En todo ese tiempo, no se separó de su perro ni un minuto, como si quisiera apurar al máximo esa compañía suya de la que pocos días después se iba a ver privada. Por la noche tuvimos que permitir que Gandul durmiera a sus pies sobre la cama, algo a lo que nos habíamos negado desde que era un cachorrillo. A la mañana siguiente, por suerte, todo parecía olvidado, y tanto el pleno restablecimiento de nuestra hija como la excitación que la perspectiva del viaje producía en ella (era su primer verano fuera de casa) se nos antojaron motivos más que suficientes para compensar con creces aquella contrariedad menor.

Ello, sin embargo, no me eximió por completo de un vago sentimiento de culpabilidad. Dedi-

qué aquellas dos tardes a visitar las distintas perreras particulares de la provincia, en busca de una que reuniera las condiciones óptimas para acoger a un perro como Gandul, tan consentido como poco habituado al trato con sus semejantes. Algunas de ellas, las más económicas, eran simples granjas cuyos dueños, para obtener un sobresueldo, compaginaban sus labores acostumbradas con las escasas obligaciones que el mantenimiento de una o dos docenas de perros podía originar. Establecimientos especializados sólo encontré uno, ridículamente bautizado como «Guardería canina El Amigo Fiel». Sus instalaciones, las garantías sanitarias ofrecidas por los dos empleados (dos pelirrojos gemelos, de facciones idénticas y puntual coincidencia de opiniones) y la convicción con que ambos manifestaban su amor por todo tipo de perros, hacían, en principio, preferible ese centro a cualquiera de los anteriores. Lo mismo habían creído, sin duda, los ochenta o noventa veraneantes que habían optado por contratar los servicios de esa «guardería canina»: todas las jaulas que vi estaban atestadas de perros de distintas razas y tamaños, que ladraban sin cesar a los visitantes o a nadie en particular y despedían un intenso hedor, perceptible desde bastantes metros antes de entrar en el recinto.

Ninguna de las perreras visitadas me pareció satisfactoria. Consulté el asunto con Giovanna, exponiéndole las características de unas y otras, y ella, quizás porque supuso que el más alto precio de la «guardería canina» comprometía a los cuidadores a una mayor y más individualizada atención, optó

por esta última frente a las otras, semiclandestinas en apariencia. Decidimos, en todo caso, no interrumpir por ello la búsqueda de una perrera mejor, en la confianza de que, preguntando a unos y a otros, alguien sabría darnos noticia de un establecimiento como el que la intranquilidad de nuestras conciencias nos exigía.

Lo cierto es, sin embargo, que llegó el domingo, víspera de nuestra partida, sin que nuestras tímidas pesquisas (también de los restantes preparativos del viaje debíamos ocuparnos) hubieran dado resultado alguno. Marta se había comportado los últimos días como si ignorara su inminente separación de Gandul, y quizá fuera su renovada alegría de entonces lo que nos llevó a pensar que nuestro requisito había sido finalmente bien aceptado por su natural despreocupación infantil. «Al fin y al cabo, no es una cosa tan grave ni tan anormal», le comenté a Giovanna en cierta ocasión, y ella asintió en silencio. El domingo, pues, tuvimos que llevar a Gandul al que iba a ser su nuevo domicilio durante poco más de una semana. Preferí esperar hasta bien entrada la tarde para hacerlo, de forma que Marta pudiera gozar de su compañía el mayor tiempo posible. A eso de las siete le dije: «Tu madre y yo vamos a dejar a Gandul en la guardería, ¿quieres venir?» La niña, sorprendentemente, rechazó la invitación, como si aquellos últimos minutos no tuvieran para ella valor alguno. «Prefiero quedarme a ver la tele», contestó sin mirarme, y yo supuse que algún tipo de emocionada y secreta despedida se había celebrado en otro momento anterior. «Muy bien. No abras a nadie has-

ta que volvamos», le susurré al oído, después de haberla besado despacio en la frente.

Fue una suerte que no nos hubiera acompañando, porque el espectáculo que encontramos a nuestra llegada no era en absoluto alentador. Si en mi anterior visita no llegaban a un centenar los perros hacinados en las diversas jaulas, ahora sobrepasaban los ciento cincuenta, y tanto el estrépito inarmónico de sus ladridos como la suciedad y el mal olor habían crecido sin proporción alguna, hasta rebasar los límites de lo soportable. En medio de aquel tumulto distinguimos varios afganos, *collies*, dálmatas, *bobtails*, que acaso pocos días antes habían sido hermosos, pero cuya sola visión era ahora suficiente para repugnar a cualquiera: abandonados a sus naturales instintos, forzados a la más estrecha cohabitación con heces propias y ajenas, y excitados por el estado de turbia animalidad al que habían sido devueltos, parecían criaturas bestiales como las que pueblan nuestras pesadillas, espantosos monstruos de la fiebre. Recuerdo que, mientras atravesábamos el pasillo entre las jaulas, Gandul permaneció todo el rato pegado a las piernas de Giovanna y con el rabo entre las patas. Mi mujer le acariciaba el lomo y le susurraba: «¿Ves cuántos perros hay aquí? ¡Qué bien lo vas a pasar!» Pronunciaba estas palabras con aparente firmeza, pero yo adivinaba en su garganta un nudo semejante al que atenazaba la mía.

El pelirrojo que salió a atendernos debió de intuir nuestro disgusto, porque, con un gesto amplio que abarcaba todas las jaulas, comentó que, por fortuna, sólo los fines de semana tenían que cuidar

a tal cantidad de perros. «Mañana lunes no quedará ni la mitad», aseguró con énfasis, como si supiera que así vencería nuestros recelos. Giovanna y yo intercambiamos una mirada que quería decir: «Por desgracia, ya es tarde para llevarlo a otro sitio. Tendremos que dejarlo aquí.» Rellené un impreso, pagué la cantidad que me fue exigida e hice a Gandul una última e intranquila caricia. Cuando regresábamos en el coche, interrumpí el silencio culpable en el que nos habíamos sumido para repetir lo que había dicho el pelirrojo: «Mañana lunes no quedará ni la mitad.» Necesitábamos algún asidero al que agarrarnos.

El despertador sonó a las siete de la mañana y yo busqué con la mano la espalda de mi mujer. Giovanna, sin embargo, había pasado la noche en el dormitorio de Marta, y entrar silenciosamente en él y descubrirlas tan estrechamente abrazadas sobre la pequeña cama infantil provocó en mí una oleada de infinita ternura. Ése es, al menos, uno de los sentimientos que experimenté, aunque quizás no fuera el único ni el más intenso: ahora, por ejemplo, pese a que no descarto que se trate de una simple cuestión de perspectivas, tiendo a reconocer en aquel abrazo de madre e hija el siniestro anuncio de una callada conspiración entre mujeres. Las desperté, en todo caso, haciéndoles cosquillas en las plantas de los pies y proclamando: «¡Arriba! ¡Portugal no espera!»

A las ocho estábamos ya en la carretera. Marta y Giovanna, en el asiento de atrás, durmieron casi hasta que llegamos a Salamanca, donde hicimos una parada para estirar las piernas, almorzar un poco

y visitar la ciudad. Teníamos previsto detenernos a comer unos cien kilómetros más adelante, en un mesón del casco antiguo de Ciudad Rodrigo en el que había cenado muchos años antes y de cuya cocina guardaba un excelente recuerdo. No obstante, cuando llegamos eran más de las tres y, fuera porque yo no supe orientarme o porque aquel mesón hacía tiempo que había cerrado sus puertas, lo cierto es que acabamos comiendo un plato combinado en un restaurante moderno, con espejos en el techo y aparadores de metacrilato. Yo hubiera preferido no dedicar a ello más tiempo del necesario, pero Giovanna insistió en que aquel lugar le gustaba y no pudimos salir hasta haber recorrido todas las calles y callejuelas de la parte vieja y hasta que ella hubo escrito postales para enviar a todos sus familiares de Italia. Entre unas cosas y otras, nuestra partida se demoró tanto que decidimos pasar la noche en Guarda, la primera ciudad al otro lado de la frontera.

Me viene ahora a la memoria un detalle enter necedor. Cuando detuve el coche en la aduana y salí para mostrar nuestra documentación, Marta me pidió que la dejara ir conmigo hasta el puesto de la policía «para ver cómo son los portugueses». Yo sonreí y la llevé cogida de la mano. El policía que nos atendió resultó ser de raza negra, y mi hija lo observó con admiración. En cuanto nos quedamos a solas tuve que explicarle que la mayoría de los portugueses eran como nosotros, los españoles, pero que había algunos que procedían de otros países lejanos y tenían distintos los rasgos y el color de la piel. «¿De qué países?», me preguntó ella con

interés. «De Angola, de Mozambique. En África, en el hemisferio sur.» Marta dijo ¡ah! y asintió con la cabeza como dando a entender que ya lo sabía. El policía negro nos devolvió los carnés y, ya de vuelta al coche, le comenté a mi hija que en el hemisferio sur la dirección de los desagües es contraria a la de aquí, la del hemisferio norte: «Allá abres un grifo y el agua no gira hacia la derecha sino hacia la izquierda.» Marta no contestó. La senté al lado de su madre, que estaba estudiando el mapa de carreteras, y me coloqué de nuevo al volante. Apenas hubimos arrancado la oí preguntar en un susurro: «Mamá, ¿qué es un hemisferio?» No pude entonces reprimir una sonrisa, del mismo modo que no pude reprimir otra poco después, cuando llegamos a Guarda y vi que lo primero que hacía, nada más entrar en la habitación del hostel, era correr al lavabo, abrir un grifo y quedarse unos minutos inmóvil contemplando la dirección que tomaba el agua al escapar por el desagüe. «¿Aún no hemos llegado al hemisferio?», me preguntaba con inquietud.

Era aquella habitación tan anodina como todas las habitaciones de hostel que he conocido: un inmenso armario lacado en negro, un par de mesillas con sus respectivas lamparitas, los mismos tonos ocres en paredes y colchas, tres cuadros con las consabidas escenas de caza, un lavabo sin retrete ni ducha y dos modestas camas junto a las que ordené disponer una más pequeña para Marta. Giovanna observó el mobiliario con recelo, como sospechando que en una habitación así no sería fácil conciliar el sueño, y yo temí que tanto ella como

nuestra hija extrañarían sus propias camas. No ocurrió así, sin embargo, pues el único de nosotros que seguía despierto media hora después de apagar la luz era yo mismo. El cansancio acumulado durante el viaje y una sensación de zozobra cuyo origen desconocía pugnaban en mí y me mantenían en ese estado de desmayada excitación del que se nutre todo insomnio. No se trataba, por supuesto, de lo inhabitual del entorno (para mí hace mucho tiempo que todas las camas son iguales), sino de un desasosiego interior, profundo, y me removía entre las sábanas sabiendo que no conseguiría sobreponerme a él hasta que averiguara su motivo último, hasta que recordara cuál de los acontecimientos de la jornada había sido el que me había impresionado de ese modo. Sucedió de repente, cuando ya empezaba a creer que aquella excitación era una reacción autónoma e inmotivada de mi sistema nervioso: vi entonces un bulto pardo en la cuneta, el bulto cada vez más cercano de un perro recién atropellado, la cabeza unida al tronco tan sólo por un jirón de pellejo ensangrentado. Lo había visto pocas horas antes en la carretera de Ciudad Rodrigo a la frontera, y recordaba el inexplicable miedo que en aquel instante había experimentado: un miedo que no lo provocaba la espantosa deformidad de aquella muerte sino la certeza de que a mi hija Marta, asomada en ese momento a la ventanilla, nada podría impedirle su visión.

Yo no sabía entonces, ni lo supe por la mañana al despertarme, que aquella imagen resucitada por los maliciosos duendes del insomnio era todo